

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»: premonición al «orbis cibernético» desde las redes sociales

Ma. Josefina Jiménez Fuentes

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» es un cuento que se encuentra en el libro *Ficciones*, publicado por Jorge Luis Borges en 1944. La historia, narrada en primera persona, comienza en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía, en la que el narrador y su amigo Adolfo Bioy Casares se encontraban. Al ver un espejo, el narrador comenta que estos tienen algo de monstruoso, su amigo recuerda que había leído en *The Anglo-American Cyclopaedia* que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables porque multiplican el número de los hombres. Como la frase les pareció interesante quisieron constatarla en un ejemplar de esa enciclopedia que se encontraba en la finca, pero no encontraron nada relacionado sobre Uqbar o la referencia, por lo que el narrador presupuso que su amigo, no queriendo adjudicarse la frase, la había inventado.

Después de un viaje a Buenos Aires, Bioy regresa a Ramos Mejía con el volumen XXVI de la enciclopedia que había mencionado, y al compararlas descubrieron que no eran iguales, pues la que este había llevado contenía cuatro páginas adicionales en las que se encontraba el artículo sobre Uqbar. En ella relataba ciertos rasgos de la historia, literatura y, veladamente, la ubicación de ese pueblo. Esa noche, buscaron en todas las bibliotecas y no encontraron, pese a un minucioso esfuerzo, algo relacionado con Uqbar.

Luego de unos meses, el narrador encuentra un paquete en el bar del Hotel Androgué, destinado a un conocido de su padre de nombre Herbert Ashe, fallecido de un aneurisma, que contenía un libro en cuyo amarillento lomo decía: *A First Encyclopaedia of Tlön*. Vol. XI. *Hlaer to Jangr*, y en su primera página, en una hoja de seda, se encontraba la inscripción: *Orbis Tertius*. En dicho libro, de 1001 páginas, había descripciones de la arquitectura, mitología, lenguas, emperadores, mares y filosofía de esa ciudad, pero no había indicación del lugar en donde se encontraba. Posteriormente, en 1941, descubre una carta que pertenecía a Herbert Ashe. El sobre de la carta tenía el sello postal de Ouro Preto y dentro de la carta relataba que una sociedad secreta y benévola había surgido para inventar un país y que cada miembro había recibido el volumen final de la Enciclopedia de Tlön. El mundo se llama *Orbis Tertius* y Herbert Ashe había sido uno de sus fundadores.

La historia continúa relatando que hacia 1942 un investigador del diario *The American* (de Nashville, Tennessee) exhumó, de una biblioteca de Memphis, los cuarenta volúmenes de la Primera Enciclopedia de Tlön. Casi inmediatamente, el idioma de Tlön se integró a las escuelas y la ficción ocupó el lugar principal en todas las ciudades y en ellas, toda ciencia quedó subordinada de la psicología. Al terminar el cuento, el narrador dice que, tal vez, en cien años, el idioma de Tlön eliminará todas las lenguas del mundo.

La alusión a dos elementos: un espejo y una enciclopedia, abre el telón a un metacuento en donde los personajes se mueven desde una realidad ficcionada hacia una ficción real, cuya puerta de entrada es, precisamente, el espejo:

[...] una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores — a muy pocos lectores — la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba.¹

El cuento va abarcando diversos vértices y fisuras, con planos equidistantes y dispares que van llevando por rutas que convergen en la fascinación de la apariencia. Así pues, la narración entrelaza la realidad con la ficción, mezclando distintas líneas discursivas con una aparente dispersión argumental que hace suponer que los relatos dejan de ser ficción. Lo podemos ver cuando «el autor» pretende hacer creer que está dentro de la historia para volverse «personaje» de su propio cuento. Este recurso, entre unumano y cervantino es un modo de lograr la composición metanovelística mediante el recurso de la novela dentro de la novela.

De esta forma, el espejo, irrumpiendo en otra dimensión, regresa una imagen desdoblada desde una realidad alterna; una imagen disruptiva con un esquema falaz, que paulatinamente va cubriendo los

¹ Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Alianza (Biblioteca Borges), Madrid, 1997, pp. 13-14.

espacios «reales», traspasando el margen de lo tangible. El cuento expone la dialéctica entre los mundos: el aceptado y totalizado como «el normal» y el desarrollado por los «elegidos», quienes por el azar o por el destino fraguaron los signos del *Orbis* cibernético que trastocaron el destino de la humanidad.

De acuerdo con los datos del informe Digital 2021, que realizan We Are Social y Hootsuite, el número de usuarios de internet en el mundo ha alcanzado los 4.660 millones de personas, lo que representa al 59.5% de la población (7.830 millones de personas).² De esta forma, dentro de muy poco tiempo, casi la totalidad de los seres humanos habitarán el espacio del mundo figurado. Desde esta perspectiva, Borges vaticina un mundo globalizado, guiado por un orbe cibernético, en el que las personas son regidas, como lo dicho en el libro once de *La enciclopedia de Tlön*, por posturas meramente idealistas, tanto en la cultura, la religión, las letras como en la metafísica, pues comprende una sola disciplina: la psicología, ya que la concepción del universo se da como una serie de procesos mentales, que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo.

Aunque en el mundo cibernético se puede encontrar información relevante y precisa sobre ciencias, arte o cultura, entre otras tantas bondades y beneficios para el hombre, las redes sociales cubren la mayor parte de búsquedas y tiempo invertido. Según Beveridge, más del 93% de los usuarios se conecta a redes sociales, pasando un promedio, a nivel mundial, de dos horas veintisiete minutos diarios. «En un mes, el usuario promedio visita 7.5 plataformas de redes sociales».³

Al igual que en Tlön, en el mundo cibernético los hombres no se desenvuelven en el espacio físico sino, de modo sucesivo en el tiempo, en un espacio inasible. Ahí, los «habitantes» se exponen a algoritmos creados a través de la inteligencia artificial, asistida por un grupo de científicos, investigadores,

² Luis Bahillo, «Historia de internet: cómo nació y cuál fue su evolución».

³ Claire Beveridge, «Hootsuite» [web].

mercadólogos, psicólogos, etcétera, quienes son contratados por esa «sociedad secreta» para influir en la opinión pública y dirigirlos hacia el punto perfectamente planeado.

Es de suponer que si la filosofía se vuelve un juego dialéctico, la verdad se transfigura acorde a cada intérprete. En este *orbis* cibernético, los cosmonautas están vinculados unos a otros y no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro dado desde el morbo; niegan el tiempo, ya que el presente es indefinido, el futuro no tiene realidad sino como esperanza y el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente.

En el mundo cibernético, como en Tlön, el sujeto del conocimiento es eterno; quien interactúa en redes sociales se dará cuenta de que lo compartido difícilmente podrá eliminarse en su totalidad. En este mundo ilusorio no cabe lo material, pues esto se da como un ente maleable, acorde a la intención del navegante de las redes, tal como lo afirma Huertas:

En Tlön el materialismo es una herejía, ya que presupone la existencia de lo material y lo material no tiene cabida en la ficción. Los habitantes son parte de una divinidad indivisible, todo son creadores como en la red de redes.⁴

Esta interacción está totalmente planeada y prevista y es poco azarosa:

Al principio se creyó que Tlön era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera en modo provisional. Básteme recordar que las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros: tan lúcido y tan justo es el orden que se ha observado en él.⁵

Ese «cosmos con íntimas leyes que rigen» es seme-

jante al cosmos cibernético; ahí tal como lo aseguran en el documental *The social dilemma*, el hombre va sufriendo un cambio gradual e imperceptible que altera su conducta y la percepción de la vida misma, sin que el mismo usuario se dé cuenta de ello. Tal sutileza en la inmersión al «orbis cibernético» está quirúrgicamente planeada y dirigida para mantener una adhesión constante en donde la materia prima es el propio internauta. Se ha creado un «nuevo mundo» en el que estar conectado se ha vuelto vital, pues se ha pasado a formar una sola estructura global, casi indivisible. Ya Borges lo había dicho: «Esa conjetura feliz afirma que hay un solo sujeto, que ese sujeto indivisible es cada uno de los seres del universo y que éstos son los órganos y máscaras de la divinidad».⁶

Borges, al relatar el *orbis tertius*, va describiendo el mundo cibernético de una manera casi exacta: «y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan», justo lo que acontece en las redes sociales, en donde cada individuo modifica sus formas, su entorno, su estado de ánimo, todo aquello que lo circunda para obtener una mejor aceptación y generar, tal como en Uqbar, el asombro. Los algoritmos en las redes sociales duplican la perspectiva de un encuentro, cada usuario localiza una verdad duplicada, una verdad vista doble o de doble vista, puesto que cada uno va creando y figurando su propio estado de veracidad.

La creación, no de un país, sino de todo un mundo, fue factible; un hecho real dado desde la ilusión. La primera edición de la enciclopedia de Tlön ha comenzado a circular, ya ha formado el mundo mediante

[...] (la obra más basta que han cometido los hombres) [...] El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles.⁷

⁴ Huertas, *Letra Global* [web].

⁵ Borges, *op.*, cit., p 22.

⁶ *Ibidem*, p. 29.

⁷ *Ibidem*, pp. 35 y ss.

Es pues, este mundo cibernético, una nube que va cubriendo con su sobra, a través de los constantes sobresaltos de notificaciones, la vida cotidiana del hombre y que, como en Tlön, ha desintegrado este mundo, el «real», en donde pasados y presentes fluctúan entre lo ficticio. En el orbis cibernético se polariza y divide; se genera el caos masivo provocado por constantes noticias falsas, audazmente colocadas, para ocultar o disimular las verdaderas; se manipula la conciencia social no solo se da en pequeñas regiones, sino que ha permeado a puntos extremos como en las elecciones populares dadas, incluso en gobiernos de países con alto poder económico y político; un orbe, cuyos habitantes fluctúan entre el yo como «narrador» y el yo como «personaje», en una metaexistencia en la que la realidad cede en más de un punto. Así, se cumple la premonición de Borges en la que observa una dispersa dinastía de solitarios con licencia de imaginación que ha cambiado la faz del mundo.

Fuentes

Bahillo, Luis, «Historia de internet: cómo nació y cuál fue su evolución», en Marketing4eCommerce, 16 de mayo de 2022. Consultado el 14 de abril de 2022. <<https://marketing4ecommerce.net/historia-de-internet/#:~:text=Es%20el%20a%C3%BI0%20I983%20el,nombre%20de%20%C3%Banicamente%20%C2%ABInternet%C2%BB>>. Borges, Jorge Luis, *Ficciones*, Alianza (Biblioteca Borges), Madrid, 1997, pp. 13-40. Beveridge, Claire. «Hootsuite» [web], 28 de marzo de 2022. Consultado el 14 de abril de 2022. <<https://blog.hootsuite.com/es/125-estadisticas-de-redes-sociales/>>. Huertas, Manuel, *Letra Global*. 1 de febrero de 2018. Consultado el 14 de abril de 2022. <https://cronicaglobal.elespanol.com/letraglobal/letras/letra-clasica/boole-borges-demiurgos-ciberespacio_117929_102.html>.